

JUAN BAUTISTA DE LAVALLE
(1887 - 1970)

Catedrático universitario, jurista, magistrado, internacionalista, diplomático, Don Juan Bautista de Lavalle y García fue un escritor fino y brillante, cultivador amoroso de las letras, las artes y la historia.

Nacido en Lima en 1887, empezó con brío juvenil en los claustros universitarios de San Marcos y en las revistas de comienzos del siglo. Cuando en 1909 Enrique Bustamante y Ballivián inició la publicación de "Contemporáneos" y lanzó a la palestra literaria a los jóvenes renovadores de la época, Juan Bautista de Lavalle, que sólo contaba 21 años, entregó al primer número un idealista comentario sobre "Las ideas estéticas del socialismo contemporáneo", al que siguió poco después otro trabajo sobre el arte en la época colonial. En elegantes revistas ilustradas de entonces, como "Ilustración Peruana" y "Variedades" (sucesora de "Prisma") escribió también varios artículos sobre temas de arte peruano. Uno de ellos, el dedicado al pintor costumbrista Pancho Fierro, a quien consideraba en cierto modo como el primer periodista gráfico del Perú independiente, alcanzó singular fortuna y ha sido citado o reproducido varias veces. En otras ocasiones, su afición por la historia —heredada sin duda de su abuelo, Don

José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, y cultivada celosamente en el propicio ambiente de su hogar— lo llevó a vibrantes oraciones patrióticas, como la que pronunció en 1911 en el centenario de la revolución precursora de Francisco Antonio de Zela.

En 1916, cuando Don Ricardo Palma inició la renovación de la Academia Peruana de la Lengua, que con resonancia pública e íntima satisfacción pudo culminar el año siguiente, uno de los nuevos Académicos que propuso —y que tuvo unánime aceptación— fue Juan Bautista de Lavalle. En carta a Emilio Cotarelo, entonces Secretario de la Real Academia Española, decía el tradicionista: “A esos nombres (los antes propuestos) agrego ahora el del Dr. Juan Bautista de Lavalle, cuyo abuelo fue hijo del Conde de Casa Saavedra y tuvo la dirección de la Academia, puesto en el que yo le reemplacé”. Y añadía otras palabras de apoyo al “joven catedrático, autor de varias monografías históricas”.

Las vicisitudes de nuestra Academia, el nombramiento de Lavalle como Vocal primero de la Corte Superior de Lima y luego de la Corte Suprema de Justicia, y después su designación como Embajador del Perú ante la Organización de Estados Americanos, en Washington, donde por más de veinte años lució su figura, su don de elocuencia y su prestigio, no le permitieron muchas actividades como miembro de número de nuestra corporación. Sólo entre 1941 y 1945 desempeñó el cargo de Censor; y años más tarde, en 1951, cuando se reunió en México el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, fue uno de los representantes del Perú y puso de relieve una vez más sus dotes combinadas de escritor y de diplomático. En las sesiones de trabajo era siempre el hombre sagaz, el redactor cabal y justo, el literato de elegancia profunda y no meramente formal y atildada; y en los Plenarios, a veces agitados, era grato verlo subir al estrado con cierto em-

paque señoril, con la seguridad de su experiencia en reuniones internacionales y con la confianza en su destreza para llegar a soluciones con un criterio exacto, un hábil recurso procesal o una oportuna cortesía.

Jubilado en su cargo diplomático, continuó sin embargo como Asesor ante la OEA y en la Representación Permanente del Perú en las Naciones Unidas. En cualquier momento esperábamos que se reincorporara a la patria y que volviera a dar sus luces y su sapiencia a nuestra corporación. Pero el mismo día en que cumplió 83 años un infarto cardíaco le quitó la vida, y la Academia Peruana de la Lengua sólo ha podido rendirle un último tributo cuando llegaron a Lima sus restos mortales.

